

“Mis amigas y amigos,

Nos encontramos aquí reunidos para discutir las soluciones de los problemas de la seguridad alimentaria mundial.

La seguridad alimentaria siempre fue una preocupación central de mi Gobierno. En 2003, inauguré un programa pionero, el Hambre Cero, el cual permitió a millones de brasileños, antes sometidos a la condición de miserables, haber pasado a comer tres comidas por día.

Hice del combate al hambre y a la pobreza una prioridad de la acción internacional del Brasil. Me auné a otros líderes de países ricos y pobres con el objetivo de encontrar fuentes de recursos capaces de liberar una grande parte de la humanidad de los flagelos del hambre y de la desnutrición.

Desarrollé con ellos formas creativas para hacer de los recursos hoy utilizados en la producción de armamentos o en la búsqueda de ganancias exorbitantes por medio de especulación financiera pudieran canalizarse para el más humanitario de los objetivos: darle de comer a quien tiene hambre.

Hicimos progresos. Logramos, por ejemplo, crear un mecanismo para atender a las necesidades de tratamiento contra enfermedades endémicas en los países más pobres.

Pero lo que hicimos es muy poco con relación a la enormidad de la tarea. Quiero recordarles, señores, que todas las noches, más de 800 millones de personas en todo el mundo se van a dormir con hambre, y esto es una indignidad y un insulto a la humanidad.

A pesar del amplio trabajo técnico y de la voluntad política de algunos líderes, las resistencias de todo tipo siguen anteponiéndose a las soluciones innovadoras.

Reunimos en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, a sesenta Jefes de Estado y altos representantes de más de cien países, que aprobaron un documento que proponía medidas, al mismo tiempo, viables y audaces. Pero, una vez terminadas las reuniones y apagadas las luces, parece que las personas vuelven a sus quehaceres cotidianos. Y entonces se olvida el hambre, para después recordarla cuando sucede una explosión como la de las últimas semanas.

No hay que engañarnos: no habrá solución estructural para el tema del hambre en el mundo mientras no seamos capaces de direccionar recursos para la producción de alimentos en los países pobres. Y, de forma simultanea, eliminemos las prácticas comerciales desleales que caracterizan el comercio agrícola. El problema del hambre se agravó en los últimos tiempos con el fuerte aumento de los precios de los alimentos.

En algunos países, multitudes, desesperadas por la falta de comida, salieron a las calles, para protestar y exigir providencias de las autoridades. Nos encontramos frente a un

problema grave y delicado. Y, para enfrentarlo tenemos que entender las verdaderas causas.

Tomemos un ejemplo especialmente dramático, el de Haití. Este país – el más pobre del continente americano – llegó a ser uno de los mayores productores de arroz de la región caribeña. Sin embargo, políticas macroeconómicas impuestas de fuera que privilegiaban exclusivamente el aspecto monetario, aunadas a la disponibilidad de alimentos altamente subsidiados en otros países, llevaron al abandono del plantío de arroz en Haití, con las trágicas consecuencias que conocemos.

Para entender plenamente las verdaderas razones de la crisis alimentaria actual, es indispensable, por lo tanto, alejar la señal de humo lanzada por lobbies poderosos, que pretenden atribuir a la producción de etanol la responsabilidad por la reciente inflación del precio de los alimentos.

Más que una simplificación, se trata de una burla, que no resiste a una discusión seria.

La verdad es que la inflación del precio de los alimentos no tiene una única explicación. Resulta de una combinación de factores: el alta del petróleo, que afecta los costes de los fertilizantes y de los fletes; los cambios cambiales y la especulación en los mercados financieros; las reducciones en los almacenajes mundiales; el aumento del consumo de alimentos en países en vías de desarrollo, como China, India, Brasil y otros tantos; y, sobre todo, el mantenimiento de absurdas políticas proteccionistas en la agricultura de los países ricos.

Tal vez la mayor novedad – muy bienvenida, digámoslo de pasaje, – sea el hecho que más personas están comiendo. Los pobres en China, en India, en África, en América Latina y en el Caribe, incluso en Brasil, están comiendo más. Y eso es muy bueno.

El hecho es que multitudes de nuevos consumidores se están incorporando a los mercados. Grandes países antes considerados pobres se están desarrollando a tasas vigorosas y, con ellos, mejorando la vida de sus pueblos. Ese fenómeno, de enorme importancia, llegó para quedarse.

Otro factor esencial en el alta del precio de los alimentos es la disparada de los precios del petróleo. Es curioso: muchas personas hablan del aumento de los precios de los alimentos pero enmudecen al analizar el impacto del alta del precio de petróleo en los costes de producción de alimentos. Es como si una cosa no tuviera nada que ver con la otra. Y cualquier persona bien informada sabe que así no funciona.

Vamos a los números. En Brasil, en cada grano de fríjol, de arroz, de maíz, de soya, o en cada litro de leche, el petróleo es responsable por el 30% del coste final.

Miren que estoy hablando de Brasil, donde el petróleo representa solamente un 37% de nuestra matriz energética. En mi país, más del 46% de la energía proviene de fuentes renovables, como a caña de azúcar y las hidroeléctricas.

Pero incluso así, el petróleo pesa mucho en el coste de las plantaciones brasileñas. Y entonces me pregunto: ¿y cuánto no pesa el petróleo en el coste de producción de alimentos de otros países que de él dependen mucho más que nosotros? Aún más

cuando se sabe que, en los últimos años, el precio del barril saltó de 30 a más de 130 dólares.

Es necesario tomar providencias. Por ello, la semana pasada, los Jefes de Gobierno de América Central, en reunión con Brasil, decidieron pedir a las Naciones Unidas una convocación urgente para una Conferencia Internacional para discutir el asunto.

Mis amigas y mis amigos,

Otro factor decisivo para el aumento de los alimentos es el intolerable proteccionismo con el que los países ricos circundan a su agricultura, atrofiando y desorganizando la producción en otros países, especialmente los más pobres.

La llamada crisis mundial de alimentos es, antes que nada, una crisis de distribución.

Se precisa producir más y distribuir mejor. Brasil, como potencia agrícola, se está empeñando en aumentar su producción.

¿Pero de qué sirve producir, si los subsidios y el proteccionismo le quitan el acceso a los mercados, mutilan los ingresos e inviabilizan la actividad agrícola sostenible?

Algunos países especialmente bien dotados de recursos y que desarrollaron tecnologías avanzadas incluso hasta pueden, por medios de logros extraordinarios de productividad, vencer las injustificadas barreras y distorsiones creadas por economías más ricas del mundo.

¿Mas que hablar de las economías más pobres, que luchan para mantener una agricultura de subsistencia en medio de las dificultades de financiamiento, irrigación, insumos, como es el caso de muchas economías africanas que hay hacer?

Los subsidios crean dependencia, dismantelan estructuras productivas enteras, generan hambre y pobreza donde podría haber prosperidad. Ya pasó de la hora de eliminarlos.

La superación de los bloqueos actuales requiere una conclusión exitosa, lo antes posible, de la Ronda de Doha de la OMC. Un acuerdo que dejé de tratar el comercio agrícola como una excepción a las reglas. Que permita a los países más pobres generar ingresos con su producción y exportación.

La verdadera seguridad alimentaria tiene que ser global y basada en la cooperación.

Es que Brasil ha procurado hacer sus aliados del mundo en vías de desarrollo, sobre todo con África, América Central y el Caribe. La expansión de ese tipo de iniciativa se puede beneficiar enormemente con la elaboración de nuevas alianzas, que permitan la cooperación triangular.

Amigas y amigos,

Brasil ha insistido en el enorme potencial de los biocombustibles. Ellos son decisivos en el combate al calentamiento global. Y pueden jugar un rol importantísimo en el desarrollo económico y social de los países más pobres. Los biocombustibles generan

ingresos y empleos, sobre todo en el campo, al mismo tiempo que producen energía limpia y renovable.

Y por ello veo con espanto las tentativas de crear una relación de causa y efecto entre los biocombustibles y el aumento de los precios de los alimentos.

Es curioso: son pocos los que mencionan el impacto negativo de los precios del petróleo sobre los costes de producción y transporte de alimentos.

Ese comportamiento no es neutro ni desinteresado. Veo con indignación que muchos de los dedos que apuntan contra la energía limpia de los biocombustibles están sucios de aceite y de carbón. Veo con desolación que muchos de los que responsabilizan al etanol – incluso el etanol de caña de azúcar – por el alto precio de los alimentos son los mismos que hace décadas mantienen políticas proteccionistas, en perjuicio de los agricultores de los países más pobres y de los consumidores de todo el mundo.

Los biocombustibles no son el villano que al contrario, desde que desarrollados con criterio, de acuerdo con la realidad de cada país, pueden ser un instrumento importante para generar ingresos y retirar a países de la inseguridad alimentaria y energética. Brasil es un ejemplo de ello.

La producción brasileña de etanol a base de caña de azúcar ocupa una parte muy pequeña de tierras agrícolas y no reduce el área de producción de alimentos.

Y para que no se alegue que estoy utilizando estadísticas solamente brasileñas, cito aquí algunos datos del informe de 2007 del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos sobre la producción de etanol en Brasil. Brasil tiene 340 millones de hectáreas de tierras agrícolas. 200 millones de pastos y 63 millones de cultivos, de los cuales solamente 7 millones de hectáreas de caña. Mitad se utiliza para la producción de azúcar. La otra mitad, alrededor de 3,6 millones de hectáreas, se destina para la producción de etanol.

O sea, toda la caña de Brasil está en el 2% de su área agrícola, y todo el etanol se produce en sólo el 1% de la misma área.

Algunos críticos dicen que la producción de etanol está llevando la caña a invadir áreas de cultivos. Esas críticas no tienen algún fundamento.

Desde 1970, cuando lanzamos nuestro programa de etanol, la producción de etanol de caña por hectárea fue más que duplicada.

Por otro lado, de 1990 para acá, nuestra producción de granos creció un 142%. Ya en el área plantada se expandió en el mismo período solamente un 24%. O sea, en lo fundamental, nuestra producción de granos creció gracias a un espectacular aumento de productividad. De tal forma que no se sustenta la afirmación que el crecimiento de la producción de etanol en Brasil se hace sacrificando la producción de alimentos.

La producción de etanol y la producción de alimentos son hijas de la misma revolución, que, en las últimas décadas, ha transformado el campo brasileño, gracias al ingenio de nuestros investigadores y al espíritu emprendedor de los agricultores brasileños.

Revolución que hizo el Brasil una referencia mundial en tecnología de agricultura tropical.

Hay críticos que aún apelan a un argumento sin pies ni cabeza: los cañaverales en Brasil estarían invadiendo la Amazonia. Quien dice una tontería de esas no conoce Brasil.

La Región Norte, en donde se encuentra la mayor parte del Bosque Amazónico, tiene solamente 21 mil hectáreas de caña, el equivalente al 0,3% del área total de los cañaverales de Brasil.

Es decir, 99,7% de la caña está por lo menos 2 mil kilómetros de la Amazonía. Esto es, la distancia entre nuestros cañaverales y la Amazonía es la misma entre el Vaticano y el Kremlin.

Además de ello, todavía hay en Brasil 77 millones de hectáreas de tierras agrícolas – fuera de la Amazonía, bien entendido –, que aún no se están utilizando. Eso equivale a poco menos que los territorios de Francia y de Alemania juntos. Y aún tenemos 40 millones de hectáreas de pastos subutilizadas y degradadas, que se pueden recuperar y destinar a la producción de alimentos y caña.

En suma, el etanol de caña en Brasil no agrede a la Amazonía, no saca tierra de la producción de alimentos, ni disminuye la oferta de comida en la mesa de los brasileños y de los pueblos del mundo.

Mis amigas y mis amigos,

No soy favorable para que se produzca etanol a partir de alimentos, como es el caso del maíz y otros. No creo que alguien va a llenar el tanque de su coche con combustible si para hacerlo va a quedar con el estomago vacío.

Por otro lado, es evidente que el etanol de maíz únicamente logra competir con el etanol de caña cuando se anaboliza por subsidios y se protege con barreras arancelarias.

El etanol de caña genera 8,3 veces más energía renovable que la energía fósil empleada en su producción. En el caso del etanol de maíz, éste genera sólo una vez y media de la energía que consume. Es por ello que hay quien dice que el etanol es como el colesterol. Hay etanol bueno y etanol malo. El etanol bueno ayuda a descontaminar el planeta y es competitivo. El etanol malo depende las grasas de los subsidios.

El etanol brasileño es competitivo porque tenemos tecnología, tenemos tierras fértiles, tenemos sol en abundancia, tenemos agua, y tenemos agricultores competentes. Y eso no es un privilegio nuestro. Buena parte de los países de África, de América Latina y del Caribe, además de algunos países asiáticos, reúne condiciones semejantes. Y, con cooperación, transferencia de tecnología y mercados abiertos, se puede producir también etanol de caña o biodiesel con éxito, generando empleo, ingresos y progreso para sus poblaciones.

O sea, la “revolución dorada”, que combina tierra, sol, trabajo y tecnología de punta, puede ocurrir también en otros países en vías de desarrollo. Las savanas africanas, por

ejemplo, se parecen mucho con el Cerrado brasileño, en donde se registra altísimos índices de productividad.

Amigas y amigos,

Llegó la hora que los analistas políticos y económicos evalúen correctamente la capacidad de aporte de los países en vías de desarrollo sobre el tema de alimentos, energía y cambios climáticos.

Alrededor de 100 países tienen vocación natural para producir biocombustibles de forma sostenible. Esos países tendrán que hacer sus estudios y decidir si pueden o no producir biocombustibles, y en que medida. Necesitarán definir las plantas más adecuadas y escoger proyectos en función de criterios económicos, sociales y ambientales.

Se trata de decisiones importantes. Que se deben tomar por ellos mismos. Y no por otros países o por entidades que muchas veces hacen eco – incluso de buena fe – los intereses de la industria petrolera o de los sectores agrícolas acostumbrados a los subsidios y al proteccionismo.

El mundo tiene que decidir también como lidiar con la gravísima amenaza que representa el calentamiento global. Una amenaza que requiere una respuesta firme y cohesa por parte de toda la humanidad.

En Kioto, el mundo reaccionó de forma madura y responsable. Desafortunadamente, algunos países rechazaron asumir compromisos y metas de reducción de emisión de dióxido de carbono.

A pesar de todo, Kioto fue un marco. La humanidad tomó consciencia de que era necesaria una acción fuerte y organizada para salvar el planeta.

Desafortunadamente, es más fácil emitir alertas que cambiar hábitos de consumo y acabar con los derroches. Es más fácil darle la culpa a los demás que hacer los cambios necesarios, que hieren los intereses establecidos.

Así, parece que, los últimos tiempos, las voces de los que claman por una reducción en las emisiones de dióxido de carbono se están debilitando.

Es lamentable. No podemos ser irresponsables con el futuro de nuestros hijos y nietos, con el futuro del planeta. El mundo no puede seguir quemando combustible fósil con el ritmo actual.

En Brasil, hicimos un estudio comparando las emisiones de CO₂ de un carro que funciona con etanol a las de aquel la gasolina – usamos el mismo modelo, el mismo motor, el mismo camino, la misma velocidad. El carro que funciona con gasolina emite 250 gramos de CO₂ por kilómetro, una emisión ocho veces y media superior a la del vehículo a etanol. En la comparación del diesel con el biodiesel, constatamos que el camión que funciona con combustible fósil emitió 5,3 veces más dióxido de carbono que aquel a biodiesel.

Además de ello, las plantas utilizadas en la producción de biocombustibles, durante su fase de crecimiento, son responsables también por el secuestro de gran cantidad de dióxido de carbono. El etanol no es solamente un combustible limpio. También es un combustible que limpia el planeta mientras se está produciendo.

Debido a todo esto, es necesario un debate serio y equilibrado sobre los biocombustibles y el calentamiento global. En este sentido, invito a las autoridades, científicos y representantes de la sociedad civil de todos los países para la Conferencia Internacional de Biocombustibles, el próximo mes de noviembre, en San Paulo.

Mis amigos y mis amigas,

Baratear la energía y los fertilizantes y acabar con los subsidios intolerables de la agricultura en los países ricos – estos son nuestros mayores retos hoy. En los últimos 30 años, hubo una verdadera revolución silenciosa en la agricultura de muchos países, sobre todo en los trópicos. Esta revolución puede beneficiar a todos, ricos y pobres, sin distinción. Puede traer también herramientas, soluciones y alternativas para atender a la demanda creciente de centenas de millones de personas.

La expansión de la agricultura de países en vías de desarrollo, como Brasil, cambia la dimensión de los problemas. Cambian las rutas y las estrategias para solucionarlos.

La visión de seguridad que prevalece en el mundo de hoy está centrada en el control y en la garantía del territorio, de la oferta de alimentos y de la oferta de energía.

Los subsidios a la producción agrícola y las barreras comerciales, que tanto han retardado el crecimiento de la agricultura de los países más pobres, son también consecuencias de esta visión.

Es necesario reconocer que, si la agricultura de los países en vías de desarrollo hubiera sido estimulada por un mercado libre, tal vez no estuviéramos viviendo esa crisis de alimentos.

Precisamos reformular visiones, reciclar ideas. Debemos trabajar con nociones de interdependencia y colaboración. Estoy convencido que podemos crear un concepto nuevo de seguridad para un mundo en el cual no solo la energía sino también las ideologías sean renovables.

La globalización, que se instaló de forma tan amplia en la industria, necesita llegar a la agricultura. Debemos, como se lo sugerí a nuestro Director General Jacques Diouf, encarar este momento, no como una crisis, sino como una oportunidad. Una oportunidad para estimular la agricultura en todos los países, en particular en África.

Siempre me consideré un optimista. Confío en la capacidad así fue en el pasado. Estoy convencido que será así ahora. Es suficiente que no hagamos un diagnóstico equivocado del problema. Y que no nos vayamos por caminos equivocados.

La solución no está en protegerse o en intentar frenar la demanda. La solución está en aumentar la oferta de alimentos, abrir mercados y eliminar subsidios para poder atender

a la demanda creciente. Y para ello es necesario un cambio radical en las formas de pensar y actuar.

Muchas gracias.”